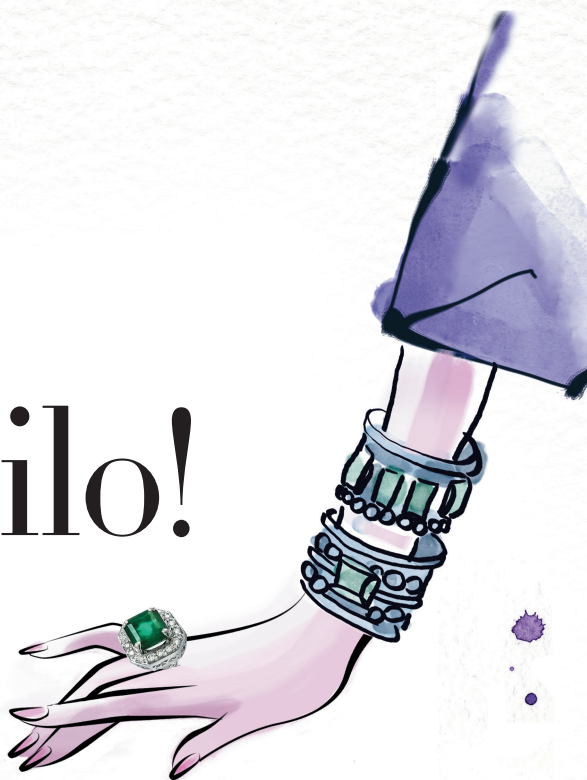


¡Hasta  
luego,  
cocodrilo!



Soledad  
Mora



m̄r

¡Hasta  
luego,  
cocodrilo!

Soledad  
Mora

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Soledad Mora, 2015

© 2015, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

[www.mrediciones.com](http://www.mrediciones.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-270-4136-3

Depósito legal: B. 2.873-2015

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

*Impreso en España-Printed in Spain*

# I

## EL BIRKIN

—Gracias, Lito —digo, rebuscando nerviosa las gafas de sol en el bolso—. Estaré de vuelta en media hora.

Me encanta ese momento, lo disfruto al máximo. Es de lo mejorcito que me da la vida... Y eso que no es que la vida me trate mal precisamente. Durante esos segundos en los que espero sentada, impasible y muy digna, a que el chófer me abra la puerta para poder salir, me siento como si fuera la protagonista de *Sexo en Nueva York*. La gente que pasa por la acera me mira descaradamente y sin ningún tipo de disimulo se detienen dándose codazos, me señalan y comentan entre ellos quién puede ser «la famosa» que va a salir del espectacular Mercedes negro. A veces he oído los comentarios que hacen y no sólo no me molestan en absoluto, sino que, muy al contrario, disfruto con ellos; digan lo que digan, sé que son pura envidia... ¡Anda y que los zurzan! Qué más quisieran ellos que estar en mi lugar. Matarían.

Cuando pongo un pie en la calle y empiezo a salir del coche, oigo bocinazos e insultos por parte de los

que van detrás y a los que parece que hemos cortado sin miramientos al parar, pero yo, continuando en mi rol de diva, los miro con desprecio y cruzo la calle fingiendo ignorarlos.

Sin embargo, no siempre ha sido así. Recuerdo sin ninguna nostalgia mis años de recién casada. Entonces yo no tenía ninguna experiencia en el mundo en el que ahora me desenvuelvo como pez en el agua y odiaba con todas mis fuerzas algunas situaciones estresantes, en las que me sentía insegura, estúpida e inútil. Y la salida del coche era una de ellas. Allí sentada, esperando sin poder hacer nada, siempre intentaba abrir la puerta del coche por mí misma, algo que rara vez conseguía, porque el chófer, siguiendo órdenes estrictas de mi marido, siempre era más rápido que yo, con lo cual todo quedaba en un absurdo forcejeo. Una lucha contra la puerta: yo, desde dentro, empujaba con todas mis fuerzas para salir lo antes posible y acabar con el numerito y él, desde fuera, hacía presión hacia mí, para que no me atropellara nadie, supongo, y la soltaba de repente, cuando veía que yo ya podía salir sin arriesgarme a un accidente. Lo cual era mucho peor, por el *show* que acabábamos por montar... Alguna vez, incluso había estado a punto de caerme, al abrirse más rápido de lo que yo esperaba y quedarme medio colgada y haciendo equilibrios y aspavientos para evitar aterrizar en plena calzada, ante las risas y burlas de los que nos miraban; y eso era exactamente a lo que yo tenía pánico y lo que en aquellos momentos quería evitar a toda costa. No deseaba llamar la atención. Qué vergüenza pasaba... Además, mi

marido odiaba que me precipitase de esta manera al exterior y, cuando lo hacía, me solía reñir: «Se nota que no has tenido demasiada educación, cariño», me decía con bastante mala uva, a lo que yo solía contestarle con frases como «Sí, es verdad que en casa nunca hemos tenido chófer, pero ya te estás encargando tú de educarme a toda velocidad, ¿no crees?». Ante esa reacción mía, él solía añadir, mirándome despectivamente mientras negaba con la cabeza: «Es que no te esfuerzas, Gloria, no te esfuerzas...».

Sin embargo, ahora ya he aprendido, soy una buena alumna y la verdad es que no he tenido que esforzarme demasiado...

¿Queda aún algo de la antigua Gloria? Por suerte poca cosa —ya casi ni me acuerdo—. No quiero recordar aquella adolescencia cutre en Andorra, creo que la he borrado de mi mente. Antes de conocer a Javier, todo era trabajo, privaciones y malos rollos, siempre ayudando a mis padres en el hotelito que teníamos arrendado como negocio. Lo llamábamos «hotelito» entre nosotros, con aires de grandeza, pero aquello era a todas luces una pensión pura y dura; a lo sumo, se la hubiera podido calificar de residencia. Hotelito, jamás. Nuestra clientela solían ser estudiantes durante la temporada de esquí y los viajes de fin de curso. Fue así como conocí al que hoy es mi marido.

Allí trabajábamos toda la familia; no nos quedaba otro remedio, eso nos daba de comer y era impensable rebelarse o plantear otra opción. Mis padres no se andaban con monsergas, ya nos iban bastante mal las cosas como para que las hijas les saliéramos respon-

donas. «A callar y a fregar», nos decía mi madre cuando le pedíamos un poco de tiempo libre. Siempre había trabajo, no se acababa nunca, pero no porque estuviéramos desbordados por los muchos clientes, qué más habríamos querido: el problema era que entre cuatro lo hacíamos todo. No había dinero para emplear a nadie que nos ayudara. Mis padres en la recepción y en la cocina, y mi hermana Meritxell y yo haciendo camas, limpiando, ayudando a servir comidas... Lo que hiciera falta. La verdad es que lo recuerdo como una auténtica pesadilla, horrible y frustrante. Yo veía con envidia y rabia a aquellas pijas que venían a esquiar, casi todas rubias y con largas y lisas mechas, que me miraban por encima del hombro, a las que tenía que servir. Se pasaban el día esquiando y las noches de juerga, mientras yo estaba esclavizada sin poder salir. Las odiaba con todas mis fuerzas, pero al final la que se llevó el premio fui yo. Conseguí a Javier, el más solicitado, el partidazo, y encima guapísimo.

Ahora soy la señora Arnau y pertenezco por matrimonio a una de las familias más poderosas de Barcelona, una de las familias «de toda la vida», como le gusta decir a mi marido, que ha triplicado el fortunón heredado de sus padres. Unos padres que, por suerte para mí, ya están muertos, pues nos odiábamos mutuamente, ya que jamás aceptaron que su niño se casara con una «cenicienta», lo más *light* que me llamaron. Y lo sé porque el mismo Javier me lo contaba, con bastante mala baba, por cierto. No sé si se casó conmigo porque estaba enamorado de mí o para fastidiar a sus padres, para darles en las narices con «la trepa»,

otro de los cariñosos apelativos con que mis suegros me obsequiaban. Murieron a los dos años de estar nosotros casados, en un accidente de coche, precisamente en Andorra, casualidades de la vida, y fueron mis padres, a los que siempre habían despreciado, los que tuvieron que encargarse de los primeros trámites hasta que llegamos nosotros. Cosas de la vida.

Javier hizo muchísimo dinero invirtiendo en electrónica —¡más de cien tiendas en toda España!—. Macroespacios donde encontrabas de todo: las últimas novedades, lo más sofisticado, en fin, cualquier cosa que buscases, un nuevo concepto que resultó revolucionario. Un éxito en ventas, y las abrió en un momento inmejorable. Ese patrimonio, unido a los millones que heredó de sus padres, pues encima es hijo único, lo convirtieron en uno de los hombres más ricos de Barcelona. Y es que las cosas son como son y hay que llamarlas por su nombre: gracias a eso, yo puedo llevar la vida que llevo y él, hay que reconocerlo, me consiente todos los caprichos. «Cuestión de estatus», me dice siempre y yo lo aprovecho a tope. Nada más faltaría que no lo hiciera. Sería de tontos... Ésa es la vida con la que siempre había soñado y que no dejaré escapar por nada del mundo. Me ha costado demasiado llegar hasta aquí.

Decidida como siempre, con la cabeza alta y andando muy segura de mí misma, entro en la *boutique* Hermès, donde el portero, cuando me ve, se apresura a abrirme la puerta y a saludarme respetuosamente.



—Señora Arnau, creo que la directora ya la está esperando, lo que no sé es si ha bajado un momento al almacén. Hoy ha llegado un pedido y ya sabe que aquí, cuando llega algún bolso, es como si pasaran los Reyes Magos...

Yo le devuelvo el saludo mientras me dirijo al interior de la tienda. Enseguida veo a Yolanda, la directora, subir por las escaleras, charlando con, presupongo yo, lo que debe de ser una clienta, una mujer baja y gorda, de mediana edad, que se mueve con torpeza, habla muy alto, casi a gritos, y gesticula exageradamente. Es muy vulgar y yo no la había visto en la vida; sin embargo, ella parece alegrarse de verme, incluso me saluda agitando la mano. No tengo ni idea de quién es. Intento bucear en mi memoria rápidamente, pero nada. Ni idea. La observo y la ignoro. Va vestida de forma estrafalaria. Lleva un jersey azul claro cuya parte delantera está ocupada por una enorme G de Gucci, un bolso que parece de plástico, lleno de logos de distintos colores y que no consigo identificar con ninguna colección de esta temporada, y unas botas *cuissardes* blancas de charol brillantes, eso sí, que llevan el nombre completo de Chanel escrito en las punteras y que le llegan a la mitad de los muslos, marcándole una celulitis que le rebosa a través de las medias. Me entran ganas de vomitar. «Es repugnante», pienso, no soporto a la gente fea, me molestan...

Su indumentaria contrasta exageradamente con la austeridad y la clase que siempre caracteriza a Yolanda, la sofisticación en persona, alta, delgada y con esa manera de moverse que sólo tienen las más elegantes.

A veces me pregunto cómo debe de estar recién levantada de la cama; seguro que lleva un sencillo pijama de seda crudo, con el cuello levantado por la parte de la nuca y sin ninguna arruga, como si estuviera recién planchado. Hoy, para hacer honor a su estilo, viste un pantalón negro muy clásico, camisa también negra ligeramente entallada y uno de esos preciosos *carrés* que suele llevar siempre anudados al cuello, como hoy, o a la cintura, e incluso a veces en la muñeca. Me siento tentada de pedirle el mismo para mí, pero ya sé, porque me ha pasado en otras ocasiones, que cuando me lo pongo yo no me queda nunca igual que a ella. No tengo ninguna gracia con los pañuelos. Noto que la hortera me repasa de arriba abajo y le susurra algo a la directora, a lo que ella le contesta afirmando con la cabeza.

—Yolanda —la llamo muy discretamente—, ya me tienes aquí. No he podido esperarme ni un segundo después de tu llamada —le digo fingiendo no haberme dado cuenta de que ella estaba hablando con la otra. Me molesta sobremanera que cuchichee sobre mí con esa especie de *friki* que además de gorda y mal vestida lleva el pelo estropajoso y teñido de un rubio amarillento. «Se lo debe de teñir en casa», pienso. «Ésas no saben ni que existen las peluquerías». Y es que antes no solías ver por aquí a este tipo de gente, nuevos ricos que a buen seguro han hecho fortuna con la construcción.

—¡Gloria! —contesta efusiva, un poco demasiado efusiva quizás—. Estás fantástica... ¡Pero qué morena...! Ya me dijo Javier que os había hecho un tiempo excelente en Maldivas.

—Sí, ha habido suerte, más o menos como cada año por estas fechas... —le contesto, apartando la mirada de la gorda teñida de rubio, que no sé por qué me mira con una amplia sonrisa y sigue saludándome con la mano, mientras caigo en que Javier ya ha hablado con Yolanda después de nuestro regreso del viaje—. Pero cómo... ¿Javier ya ha pasado por aquí? Si sólo hace dos días que hemos llegado... ¿No será que ha venido a buscar alguna cosita para mí? Ya sabes a qué me refiero. Mi cumpleaños es el mes que viene y... ¿A lo mejor me cae lo que yo creo que es?

Yolanda sabe perfectamente a qué me refiero: hace años que estoy intentando conseguir que Javier me regale un Birkin de cocodrilo; con el dinero que tiene bien que podría, aunque parece que no hay manera de conseguirlo. Se ha cerrado en banda y cada vez que se lo comento me da largas, me dice que vale, que más adelante, que ya veremos... Pero sé que además no es tarea fácil, porque los fabrican con cuentagotas y los entregan dando preferencia a la importancia de la *boutique*; y sé perfectamente que Barcelona queda muy por debajo de París, Londres o incluso Madrid. Por eso no me canso de insistirle a Yolanda para que se lo insinúe a mi marido, a ver si así se decide de una vez por todas. Es la ilusión de mi vida, lo único que no tengo y que no puedo comprarme yo sola, porque vale demasiado dinero, ¡veinticuatro mil euros! No está mal sólo por un bolso...

—Qué va, qué va... Además, no ha entrado ningún bolso de cocodrilo desde hace meses... —dice la directora ante mi expresión escéptica.

—Entonces, ¿qué ha venido a hacer aquí mi marido? Aparte de verte a ti, que por cierto estás guapísima, incluso te veo más delgada —digo en parte porque es verdad y en parte para fastidiar a la gorda.

—Quita, quita... —me contesta ella, ajustándose al cuello con un gesto muy elegante el magnífico *carré*—. A mi edad ya no viene nadie por aquí sólo para verme, aunque me halaga que me lo digas. La verdad es que no me puedo quejar, yo siempre digo que el que tuvo retuvo. Tu marido vino ayer con Alfonsito Grau, estos dos últimamente son inseparables. Nada... A mirarse unas corbatas, creo. En realidad, sólo charlamos un momento. No los atendí yo. Estaba ocupada y...

—Bueno, la próxima vez vuelve a insistirle. Aunque parezca que eres pesada, no te preocupes... Sería una buena «sorpresa» para mi cumple. ¡Cincuenta tacos! —exclamo horrorizada—. Y casi veinticinco a su lado... Creo que ya me va tocando, ¿no? Y no me digas que en un mes no me puedes conseguir uno, ya sé que para ti no hay imposibles...

—¡Y menuda sorpresa! —nos interrumpe sin miramientos y con muy poca educación la clienta hortera, que al parecer no ha perdido detalle de toda nuestra conversación—. ¡Jolines, una sorpresa de veinticuatro mil euros! A eso sí que lo llamo yo una buena sorpresa —insiste, hablando muy alto y recalcando la palabra «sorpresa».

—Perdona, Gloria —murmura Yolanda, muy violenta por los comentarios indiscretos de la otra e intentando quitarle importancia a la situación—. No os

he presentado. Es la señora Fernández. Señora Fernández —le dice ahora a ella, señalándome a mí con un ademán—, le presento a la señora Arnau.

—Fernández-Jaumá —me especifica, antes de que pueda saludarla—. Yo era Jaumá de soltera —insiste, como si a mí ese apellido tuviera que sonarme de algo.

—Ah... Muy bien —le contesto, mientras le tiendo mi mano para estrechar la suya—. Encantada de conocerla, señora Fernández-Jaumá.

—Por favor, llámame Pili, faltaría más... —Y en lugar de darme la mano, que me queda flotando en el aire, me agarra por los hombros y me estampa dos besos, uno en cada mejilla. Dos besos de verdad, de los que dejan babas.

—Sí, claro. Encantada, Pili —le digo, de nuevo bastante abochornada por aquella inesperada demostración de cariño—. A mí puedes llamarme Gloria, naturalmente.

—No, si ya sé quién eres tú, ya... —me aclara con mirada cómplice—. Precisamente cuando has llegado, Yolanda iba a enseñarme tu Birkin; ya íbamos a abrir la caja, pero he tenido la mala pata de que has aparecido de repente y, al verte entrar, ella no me lo ha querido enseñar de ninguna manera sin tu permiso, claro. Jolines, ¡me he quedado con las ganas! ¡Y sólo por cinco minutos! Ahora, que si fuera mío, vamos, ni en sueños se lo dejaría ver ni tocar a nadie.

—Bueno, bueno... —interviene la directora, alzando las cejas y clavándome esa mirada fría que siempre la hace parecer distante mientras intenta disimu-

lar la poca educación de la otra—. ¿Impaciente por verlo? Porque es una maravilla. Yo nunca había visto nada igual, y además serás la única. Pensaba que era el primero que llegaba a Barcelona, pero tengo otra sorpresa para ti... ¡Imagínate! ¡Es el primero que entra en España!

—¿De verdad? Por favor, no me estreses más. ¡Quiero verlo ya! Estoy histérica desde que me lo has dicho esta mañana —le aseguro, contagiada por su euforia—. Por eso he venido corriendo y sin pensármelo dos veces cuando he recibido tu llamada. Fíjate qué pelo llevo —le indico, señalándole mi melena recogida de cualquier manera con una pinza—. Justamente iba a ir a la pelu, pero no he podido resistirme a pasar por aquí para verlo.

—¡Si el pelo recogido te queda divino! —me contesta Yolanda, muy halagadora cuando le conviene—. ¡Ah! Y por cierto... Si el bolso no te gusta cuando lo veas —añade en broma—, la señora Fernández estará encantada de...

—¡Ah, no! —le suelto, indignada por el solo hecho de pensar que aquel vulgar adefesio pueda poseer mi preciado bolso—. Estoy completamente segura de que me encantará. Lo siento por la señora Fernández-Jaumá —digo recalcando el segundo apellido—, pero me temo que tendrá que esperar a que llegue otro.

—¡No hay derecho! —salta la Fernández-Jaumá—. Me ha dicho Yolanda que la espera es de dos años por lo menos. Justo ahora que había convencido a mi marido para que me lo comprara, que no te creas que ha sido moco de pavo conseguir que se pusiera las pilas —dice

mirándome a mí, como si yo fuera la culpable—. Le he contado cada bola que no veas. Si llega a saber que vale el doble de lo que le he dicho me mata, porque le dije que valía tres mil, y me soltó: «¿Tres mil euros? ¿Pero qué cojones te crees? Me cago en la... Vamos, ni que el dinero nos cayera de los árboles. ¡Ni hablar! ¿Te has vuelto majara o qué?». Y es que yo sé que últimamente nos han ido muy bien las cosas, porque mi marido es constructor, ¿sabes? —explica dirigiéndose a mí, a lo que yo no contesto nada porque en realidad me importa un pimiento que el marido sea constructor o astronauta. Pero por educación le sonrío, y ella, creyendo ver en mí a una aliada, continúa con su perorata.

»Le he insistido, insistido hasta el agotamiento, no sabes todo lo que he tenido que hacer, desde ponerle cachondo hasta... Bueno, tampoco hace falta que entre en detalles, ¿no? —Comentario que yo le agradezco de todo corazón, pues lo último que quiero es conocer detalles de la vida sexual de la gorda con el constructor... ¡Por Dios, lo que me faltaba!—. Y al final —continúa— lo he conseguido, me ha dicho que sí. Que vaya a la tienda y que me lo compre. Si algún día llega a saber que vale casi seis mil euros en lugar de tres, porque evidentemente, yo quiero uno normal, ya no aspiro, ¡ni borracha!, a uno de cocodrilo, me deja tirada para siempre y no le vuelvo a sacar un euro en la vida. Aunque eso no lo sabrá nunca, ya me encargaré yo de ello... La diferencia la pagaré yo con unos «ahorrillos» que tengo, ya sabes, ¿eh? —me vuelve a decir con mirada cómplice y dándome un codazo—. Todas

las mujeres ahorramos un poco en casa, ¿verdad? —reitera riendo y repitiendo el codazo.

—Sí, claro —le contesto yo, también riendo mientras pienso en cómo quitármela de encima.

—«Anda, vete a la tienda y cómpratelo, y no me agobies más, que ya estoy hasta los mismísimos cojones de oír hablar del puto bolso todo el santo día», me ha dicho —prosigue obsesivamente con su monotema la mujer del constructor sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Cómo iba a saber que tendría que esperar tanto? ¿No puede encargarse alguno que llegue más rápido, como hacen en todas partes? Si quiere lo pago ahora —le sugiere desesperada a Yolanda mientras saca del bolso un billetero dorado muy abultado.

—No, no... Por Dios, señora Fernández, guarde eso —le dice Yolanda nerviosa, apartando el dinero que la otra se empeña en darle—, no se trata de que usted lo pague ahora ni mucho menos, nosotros somos una marca *top* y funcionamos de otra manera. Quizás usted no sabía que todos nuestros bolsos se fabrican a mano en Francia uno a uno, por eso no podemos tener todos los que quisiéramos. La casa Hermès es muy estricta en el control de calidad —le explica como aquel que está dando una clase magistral—, piense que los artesanos también hacen sillas de montar a medida, pues así justamente empezó la marca, y muchísimos pequeños accesorios de piel, por eso no pueden ir más rápido...

—Bueno, bueno... —le corta la otra—, ya será menos... A lo mejor si alguien anula alguno...

—Es difícil —le contesta la directora—. No que alguien anule alguno (eso puede pasar, poco pero



pasa), lo verdaderamente difícil es que si hay alguna anulación, a usted la tendríamos en una larga lista de espera y, naturalmente, antes pasarían las señoras que ya están apuntadas en esta lista con anterioridad a usted.

«O las superclientas, como yo, a las que nos cuelan cuando llega uno», pienso, aunque no se lo digo para no frustrarla más. Me da pena la cara de desesperación que pone ante las explicaciones de la directora.

—Bien... Creo que ya no debemos esperar más —prosigue Yolanda—. El gran momento ha llegado. Ahora mismo te lo traen, Gloria —anuncia teatralmente. Le encanta hacer este numerito, pero yo estoy tan impaciente por ver el bolso que me da igual y me limito a asentir con la cabeza—. María —llama a una joven dependiente, que está de pie al lado del mostrador central, observando la escena con cara de despiste—, por favor, ¿podrías subirme el bolso de la señora Arnau? Es un Birkin Gold, cuarenta y cinco en Swift. Está en el pedido que ha llegado esta mañana, pero de todos modos tiene su nombre en la caja. Lo encontrarás fácilmente.

—Ahora mismo voy, Yolanda. Señora Arnau, ¿verdad? —me pregunta, poniéndose muy colorada—. Es que soy nueva, ¿sabe? He empezado a trabajar hoy mismo y claro... Ahora mismo se lo traigo. Perdona, Yolanda —dice dirigiéndose de nuevo a la directora—, pero es que no quisiera equivocarme... Es ese enorme con piel blanda y de color beis, ¿verdad?

A lo que la directora, suspirando para disimular su enfado y fingiendo una paciencia que está a punto de perder, contesta:

—Limítate a buscar lo que te he pedido y ya hablaremos después.

La chica se da cuenta de que ha hecho algo mal, aunque no tiene muy claro qué es; sin embargo, se apresura en dirección a las grandes escaleras que hay en medio de la tienda para intentar cumplir bien su encargo.

—¿Te importa que me quede? —me pregunta nerviosa la Fernández-Jaumá—. Estoy loca por verlo. Aunque no sé si será peor, jolines, porque si luego me tengo que esperar dos años... Claro que a lo mejor alguien anula uno y...

La melodía de mi móvil interrumpe de golpe la conversación. Después de rebuscar en el bolso, lo encuentro y, antes de cortar la llamada automáticamente, como hago siempre que estoy ocupada en algo importante —como por ejemplo ahora—, cometo la imprudencia de mirar el nombre que aparece en la pantalla. Es Nuria. No me atrevo a colgarle, porque sé que el *catering* de mi fiesta de cumpleaños le está costando muchos esfuerzos y yo soy la primera interesada en que quede bien.

—Nuria, ¿qué tal? —respondo rápidamente y bajando la voz—. Perdona, ahora estoy un poco liada y no puedo hablar...

—¿Gloria? —Su voz suena nerviosa a través del auricular—. Perdona que te moleste, pero ya estoy en tu casa desde hace unos veinte minutos y también acaba de llegar Paco. Sólo quería saber si vas a retrasarte mucho. Hemos empezado a mirar las vajillas, pero, claro, si no estás tú, poca cosa adelantaremos...

—¡Ostras! ¿Estáis en mi casa? Lo siento, lo siento... Se me ha pasado completamente que habíamos quedado hoy... Menudo despiste llevo encima. Pues yo no puedo llegar antes de media hora —le digo consultando mi reloj—. Sobre la una, más o menos.

—¡Ah, bueno...! Tranquila, no te preocupes. Empezamos a estudiarlo nosotros dos. Con lo grande que es esta casa tenemos para rato... y cuando llegues decidimos. Ahora estábamos mirando esa vajilla tan preciosa de Bernardaud, la que tiene los medallones dorados. A Paco le entusiasma, claro. Habría que ver con qué manteles la ponemos...

—Me sabe fatal no estar ahí, de verdad —le contesto sinceramente y añado para ver si aun a distancia les puedo servir de alguna ayuda—: ¿Estáis en el *office* de las vajillas? Mira, en el otro extremo, yendo hacia el planchador, están los armarios con la ropa blanca. Allí guardamos los manteles. Hay unos...

—No, no... Ahora estamos en el salón —me dice ella—, delante de las puertas correderas que dan al jardín. Hemos traído aquí los platos, para ver cómo resultan con luz natural, ya sabes lo puntilloso que es Paco con su trabajo.

—Claro que lo sé —replico halagadora—. Sé perfectamente lo perfeccionistas que sois los dos. Por eso, contigo en el *catering* y él encargándose del atrezo no hay fiasco posible. Éxito total asegurado —añado convencida—. Por cierto, ya que estáis en el salón, aprovechad para mirar el sitio donde yo había pensado poner la barra con el champán y las copas. ¿Ves dónde está el sofá? El de terciopelo burdeos...

—¿Quieres decir a la derecha del piano? —me interrumpe Nuria—. ¿Y qué hacemos con ese *bureau* Luis XV?... Lo retiramos un poco hacia atrás, claro... Ya te sigo —se dice más a sí misma que a mí—. Pues tienes razón —me contesta, creo que ya visualizándolo—, quedaría espectacular... Se vería desde el jardín y desde el interior. Y si hacemos un montaje con los manteles y las copas de Baccarat, impactará nada más entrar en el salón. Qué buena idea. Te paso a Paco, que está como loco y quiere hablar contigo, no sé qué me está diciendo de unos candelabros de plata y...

—No, no, espera... No me lo pases —le digo interrumpiendo de golpe la conversación, pues acabo de ver a la dependienta cargada con dos enormes cajas naranjas dirigiéndose hacia mí—. Ahora no puedo hablar... Luego te cuento. Un beso. En media hora os veo. *Ciao*.

—¡Uf! —exclama la chica depositando las cajas en el mostrador en el que estaba yo apoyada hablando por teléfono—. ¡Madre mía, cómo pesan!

—¿Dos? —pregunta esperanzada la Fernández-Jaumá—. ¿Hay dos bolsos?

—¿Dos? —digo yo también, sorprendida.

—Bueno... Es que como no sabía exactamente cuál era el suyo —revela nerviosa la chica mientras va abriendo con sumo cuidado una de las cajas— he subido los dos y así salimos de dudas.

—¡¡No!! ¡¡Ya la abro yo!! —grita Yolanda, que se precipita, demasiado tarde, encima de la caja que acaba de ser abierta. Y de pronto, como si de un sueño se tratara, aparece ante mis ojos en todo su esplendor

entre papel de seda blanco un reluciente Birkin negro de cocodrilo.

Siento como si el corazón se me fuera a salir del pecho, me tiemblan las manos y la boca se me ha quedado seca. Aun así, en un acto casi reflejo acaricio suavemente el bolso, sin atreverme a cogerlo. Hago un esfuerzo sobrehumano para apartar la vista del objeto de mis sueños y dirigirle a Yolanda una mirada interrogante, al mismo tiempo que consigo articular unas palabras:

—¿Javier? —pregunto—, ¿de veras me lo ha comprado?

Intento sacarlo de la caja para tenerlo en mis manos cuando Yolanda me aparta bruscamente, casi de un empujón, e intenta quitármelo. Pero yo, que he conseguido cogerlo, no estoy dispuesta a soltarlo tan fácilmente. Sin embargo, veo a Yolanda muy pálida y muy alterada y presiento el porqué. Se supone, deduzco, que esto era una sorpresa para mi cumpleaños y la dependienta nueva ha dado al traste con todo. Comprendo el nerviosismo de la directora, porque, conociendo a Javier, sé que si se entera se pondrá furioso con ella. Trato de tranquilizarla con buenas palabras.

—Yolanda, déjame cogerlo, mujer... Ahora ya lo he visto. Te juro que mi marido no lo sabrá nunca antes de que él me lo regale. Fingiré tal sorpresa que...

—¡Que no, Gloria! Que no es para ti... Esto... Esto es un encargo —me dice y aprovechando mi sorpresa me lo arrebató de las manos, mientras lanza una mirada asesina a la joven empleada—. Y tú, María. ¿No te he dicho que ponía señora Arnau en la caja? Menudo lío me has organizado...

—Perdona, Yolanda —le contesta la chica a punto de llorar—, pero es que en los dos pone Arnau. Mira, mira —recalca, mostrando una etiqueta marrón en la que pone claramente «Señor Arnau»—. ¿Lo ves?, ¿lo ven todas? —insiste sin darse aún cuenta de su error—, y en la otra también, «Señora Arnau». ¡Ay, Dios mío! En una pone señor... Ahora me doy cuenta de que he metido la pata. Yo...

—¿Señor Arnau? Vale... No hace falta que nadie continúe disimulando —les digo mirando el bolso—. Ahora ya hemos estropeado la sorpresa, pero te juro que seré una tumba —le aseguro a Yolanda—. Javier nunca sabrá nada. Venga... Ya que lo he visto, déjame cogerlo un momento. Mujer... No hace falta que lo agarres de esta manera, no me lo voy a llevar —le digo al verla aferrarse al bolso mientras yo intento arrancárselo de las manos.

—Te pido que lo sueltes, por favor... —me dice con voz pausada, ya un poco más tranquila—. Es un encargo de otra persona.

—Bueno, vamos a ver —le contesto bastante mosqueada por el numerito que estamos montando—, me parecen muy bien tu discreción y tu celo en el trabajo. Pero esto ahora ya está empezando a ser ridículo. No me digas más que no es para mí, porque acabo de ver con mis propios ojos el nombre de mi marido escrito en esa tarjeta. Y ahora, ¿por qué no te dejas de tonterías y me lo das de una puñetera vez? —le exijo yo, muy alterada después de tanto ajetreo.

—Déselo, mujer. Gloria tiene razón. Todos hemos visto el nombre de su marido. ¿Qué importancia puede

tener que lo coja o no? Al final el mal ya está hecho, ya lo ha visto, ¿no? —sale en mi defensa la Fernández-Jaumá, poniéndose automáticamente de mi parte.

—De verdad que no se trata de su marido —le contesta ahora ya muy tranquila la directora—. Todo esto es una confusión, Gloria. Te prometo que no es tu marido —me repite a mí—. Que es otro señor Arnau...

La verdad es que no sé qué pensar, parece que me está diciendo la verdad, ahora se la ve muy segura de sí misma, pero ese arrebato que ha tenido al principio, cuando no me dejaba ni tocarlo, y lo nerviosa que se ha puesto me ha hecho sospechar que quizás Javier había tenido el detalle... O no, a lo mejor son las ganas que tengo de poseer uno las que me hacen imaginar cosas.

—Gloria, te comprendo perfectamente, sé la ilusión que te hace este bolso y no estoy intentando ocultarte nada. Te aseguro que ese señor Arnau no es Javier. Es de... Valencia... De hecho, Arnau no es ni su apellido, se llama Arnau de nombre, por eso no sabes quién es y...

—¡Un momento! —dice saliendo en defensa de la directora la chica nueva y blandiendo en la mano un albarán—. Yolanda tiene razón, señora Arnau. El bolso no es para usted. Mire lo que he encontrado dentro de la caja. Es un albarán de entrega. Pone: entregar a Beatriz Suárez. Joyería Bulgari. Paseo de Gracia, número 74.

—¿Beatriz qué? —pregunto sin entender absolutamente nada—. ¿No me has dicho que era un señor de Valencia? —le reprocho a la directora—. A ver si nos aclaramos, porque yo...

—Calma, calma, Gloria. Entiendo tu nerviosismo —me dice muy comprensiva—. Todo tiene su explica-

ción, verás... El señor Arnau, comprenderás que no te diga su apellido, no sería ético por mi parte, sin embargo ya te he dicho antes que no es de aquí, me encargó hace meses este bolso para regalárselo a su mujer por su aniversario de boda. Su idea, su idea... era... ponerle en el interior una pulsera, una *riviere* de brillantes, y que ella, al abrirlo, tuviera doble sorpresa: por un lado el bolso, por otro la pulsera... Esa chica, Beatriz, trabaja en la joyería de dependienta y... y es por eso por lo que el bolso se le debe entregar a ella, porque nosotros, evidentemente, no quisimos de ninguna manera aceptar la responsabilidad de guardar una pulsera tan valiosa. La señorita Suárez se encargará de prepararlo todo y de entregárselo al señor. Lo siento, pero no hay más misterio que ése...

—No sé qué decirte, Yolanda —contesto totalmente desconcertada—. Hay cosas que no me encajan... ¿Por qué me habías dicho entonces que hacía meses que no te entraba un Birkin de cocodrilo? Al final, si no era para mí, me podías haber hecho perfectamente el comentario. No es que esto sirva de disculpa a mi comportamiento, porque me he puesto furiosa sin ninguna razón, claro... pero...

—Tienes razón, Gloria —interrumpe ella, aparentando una tranquilidad que no me convence—, es una casualidad que él tenga el mismo nombre que el apellido de tu marido. Y es verdad, te he dicho que no me entraba ninguno desde hacía meses porque, si te soy sincera, no sabía ni que había llegado éste en el pedido. De hecho lo esperábamos para dentro de un mes... No sé cómo me ha podido pasar algo así. Es un fallo



imperdonable por mi parte y me sabe muy mal que justamente me haya pasado contigo. Te pido disculpas de todo corazón.

—Qué va... Soy yo la que tengo que pedir disculpas a todos, y principalmente a ti, Yolanda. Estoy muy avergonzada por el numerito que he montado. Pero, claro, al ver esta maravilla —señalo con la mirada la caja abierta que exhibe lo que por un instante he pensado que era mío— y el nombre de mi marido... También es casualidad, ¿no? —interrogo sin dirigirme a nadie en concreto—. Pues eso... que me he montado una película que no era. Que no es, claro. Lo siento. Siento haberme puesto en evidencia de esta forma. Yo...

—Que no, que no, Gloria —me tranquiliza ella cogiéndome por el hombro—, que tienes toda la razón. Ha sido un cúmulo de casualidades. Venga, no hablemos más de eso y vayamos a lo nuestro. Ese maravilloso Birkin Gold enorme y espectacular es el tuyo.

«Y una mierda», pienso yo, puesto que, después de haber tenido en mis manos el otro, éste me parece una porquería. No me hace ninguna ilusión y además estoy a punto de echarme a llorar. Sin embargo, sonrío y le digo que me lo cobren, que estoy encantada con mi Gold. ¡Faltaría más! No les voy a dar el gustazo de que disfruten con mi humillación.